

## CONFERENCIA XXV

EL CRISTIANO

1. **Juicio del mundo sobre el hombre.**—Por el camino que separa á Samaria de Accarón, avanzaba, hace ya unos 3000 años, un largo y brillante cortejo de príncipes, de generales, de guerreros, de pajes, un semi ejército. Ni un león, ni una partida de bandoleros se hubieran atrevido á hacer frente á aquella tropa de caballeros armados hasta los dientes. Era la embajada que el rey de Israel, Ochozias, enviaba al templo de Baal, para obtener del principal dios de los filisteos la curación de su enfermedad.

De repente, en una llanura solitaria, apareció un hombre. Los mensajeros reales no saben de qué asombrarse más, si de su temeridad ó de su extraño aspecto. Aparecía ante ellos sin armas, solo, enflaquecido por los ayunos y las vigiliás, y tan débil, que á cada momento parecía que le abandonaban sus fuerzas. Pero al abrir su boca, todos aquellos brillantes caballeros experimentaron la misma impresión que si hubiesen sido heridos por un rayo. No hablaba como suelen hacerlo los oradores profanos. Nada de pasión artificial, nada de energía afectada en su voz y en sus gestos; pero ellos experimentaron lo mismo que sus antepasados, cuando la voz de Dios sacudió hasta en sus fundamentos el Sinaí humeante. Cada una de sus sencillas palabras abrasaba su corazón como el fuego, y sintieron golpeada su alma, como con el martillo que quebranta las rocas, <sup>(1)</sup> cuando les dijo: «Volved á vuestra casa

(1) Jerem., XXIII, 29.

y decid á vuestro señor: ¿Es que ya no hay Dios en Israel, para que te dirijas á los falsos dioses de Accarón? Por cuanto has hecho esto, no te levantarás más de tu lecho, y morirás.» <sup>(1)</sup>

Así habló, y continuó su camino. Y ni una sola mano se extendió para cogerle ó matarle. Nadie abrió la boca para reprocharle su temeridad. Impulsada por una fuerza invisible, volvió la embajada sobre sus pasos, sin decir palabra, y regresó á la corte, sin haber cumplido su misión.

«¿Cómo era este hombre?»—preguntó el rey, palideciendo.—«Era un hombre velludo, que llevaba un cinturón de cuero, que estrechaba un hábito de pelo alrededor de sus riñones.»—Tal fué la respuesta—«¿Es Elías de Thesbite!»—dijo el rey suspirando.—Y se tendió en el lecho para morir, <sup>(2)</sup> pues sabía que se había pronunciado su juicio.

¡Un hombre velludo con un cinturón de cuero! He aquí todos los datos que supieron dar sobre uno de los más grandes profetas. No habían comprendido ni expresado el fuego que ardía en sus ojos, el ardor de que rebosaban sus palabras, <sup>(3)</sup> la fuerza sobrenatural que llenaba á aquel cuerpo gastado, enflaquecido. Él destronaba reyes y elevaba reyes al trono; <sup>(4)</sup> con su oración, cerraba el cielo, de tal suerte, que durante tres años completos no cayó una sola gota de agua; con su oración, daba la lluvia al cielo y á la tierra agostada la fertilidad. <sup>(5)</sup> Su palabra atraía el fuego del cielo, daba vida á los muertos y hacía cosas inauditas. <sup>(6)</sup> ¡Y todo lo que brillantes cortesanos supieron decir de él, fué que era un hombre velludo con un cinturón de cuero!

En esto precisamente reconocemos á los hijos del mundo. Si hojemos centenares de nuestras memorias ó de

(1) IV Reg., I, 1-6.

(2) IV Reg., I, 7, 8.

(3) Eccli., XLVIII, 1.

(4) Eccli., XLVIII, 6, 8.

(5) Jac., V, 17, 18.

(6) Eccli., XLVIII, 5, 15.

nuestros relatos de viajes, para saber qué impresión han hecho sobre tal ó cual diplomático, sobre tal ó cual príncipe, sus contemporáneos más notables, los hombres más importantes en la ciencia, en la política y en la Iglesia, podemos leer en ellos si el día memorable en que los visitó el escritor llevaban limpia la camisa, si sus uñas estaban bien cuidadas, bien conservados sus dientes, cuál era la tez de su rostro y qué flores ó grabados adornaban la sala de recepción.

Al hablarnos del orador francés moderno más elocuente, el historiador de Port-Royal cuenta con mucha seriedad que, en las múltiples conversaciones que sostuvo con él, hizo con frecuencia la observación de que su hábito se armonizaba perfectamente con su tez morena. <sup>(1)</sup> El más reciente biógrafo del espiritual cardenal Diepenbrock cree oportuno recordar, como cosa extraordinaria, que tenía cerca de seis pies de estatura. <sup>(2)</sup> Siempre y en todas partes, concede el mundo especial importancia á la apariencia externa: el contenido, el interior, es decir, lo que constituye, propiamente hablando, al hombre, se oculta á sus miradas.

**2. Explicaciones humanas del origen del Cristianismo.**—Por otra parte, estas superficialidades son demasiado inofensivas por naturaleza; pero otra cosa ocurre, cuando, con semejantes explicaciones, cree uno poder seguir exactamente los movimientos más profundos de la cultura intelectual. Trátase aquí de borrar, deliberada y conscientemente, verdades que molestan. Ocurre esto, cuando, por ejemplo, obras sabias sobre la historia de la civilización y de la religión, tratan de la elocuencia arrebatadora de un misionero y de los reformadores de la vida eclesiástica, de acciones de papas que remueven el mundo entero, únicamente en pocas palabras relativas á la dulzura ó al esplendor terrible de la voz, á la nobleza y majestad del continente, á la prudencia y conocimiento del hombre del personaje en cuestión.

(1) Reuchlin bei Herzog, *Real-Encyklop.*, (1) XIX, 761.

(2) Reinkens in *der Allgem. Deutschen Biographie*, VI, 135.

También de esta manera explica Renán el origen del Cristianismo, contando evidentemente con que sus lectores no examinarán más á fondo las cosas, y demostrando con esto que el escritor conocía su época. Porque tan pronto como se ha hecho alusión á la fisonomía poética, al encanto de la personalidad, á la dulzura y á la condescendencia de Jesús de Nazareth; tan pronto como se pone de relieve que se había hecho semejante á los pobres, hasta el punto de vestir su traje; <sup>(1)</sup> tan pronto como se han exagerado, en proporciones inauditas, los grandes dones que incontestablemente poseía San Pablo, y se le ha atribuído una erudición, que no poseía en realidad, se ha dicho lo suficiente para convencer á esta generación, tan incrédula y tan crédula á la vez, que, aun sin la fe en una providencia sobrenatural y divina, es perfectamente posible comprender el éxito maravilloso de la predicación cristiana.

Pero este modo de explicación no consigue su objeto. Si se apoyase en la realidad, la expansión y solidez del Cristianismo aparecerían entonces de un modo mucho más maravilloso. Porque ¿qué es lo que ha arrastrado, á esos pueblos lejanos y á toda una serie de generaciones, á Jesucristo, cuya persona encantadora no podían contemplar? ¿Por ventura es verdad que haya obrado por semejantes medios? ¿Acaso ese espíritu, que concede tanta importancia á lo exterior, no es precisamente la razón decisiva por la cual han rechazado su doctrina los judíos? A sus palabras han opuesto el silencio, porque no podían negar que, por su boca, hablaba más que un Jonás y más que un Salomón. <sup>(2)</sup> Confesaban sus milagros, porque no podían negarlos; <sup>(3)</sup> pero, á pesar de ellos, persistían en su incredulidad, porque el carpintero no era bastante distinguido para ellos, porque no podían rebajarse hasta un hombre que ignoraba las fórmulas de buena educación, hasta el

(1) Renan, *Vie de Jésus*, 5, 9, 11, 27.

(2) Matth., XII, 41 y sig.

(3) Marc, VI, 3. Joan., VI, 47.

extremo de que ni siquiera se lavase las manos al ponerse á la mesa. <sup>(1)</sup>

**3. El mundo es incapaz de juzgar el espíritu cristiano.**—No podemos fiarnos por completo en el juicio de un mundo semejante sobre el hombre ordinario; los mismos sabios han perdido la justa noción de lo que es grande y de lo que es pequeño. La manera moderna de escribir la historia eleva á ese Juliano, limitado, afectado, á una altura tal, <sup>(2)</sup> que uno podría creer que, fuera de Marco Aurelio, jamás ha ocupado el trono un hombre tan grande. Por lo contrario, es capaz de llamar pequeño al gran Basilio y al poderoso Jerónimo. <sup>(3)</sup> De aquí que no nos asombremos de que los espíritus vulgares no lo hagan mejor. ¿Qué sabe la muchedumbre de la verdadera grandeza? ¿Cuál de los profetas no ha sido perseguido? Tomemos á todos aquéllos cuyo nombre ha pasado á la posteridad; ¿no experimentaron de lleno, durante su vida, la censura, el odio, la ingratitud? Sólo cuando desaparecían de este mundo, veíase lo que se perdía con ellos. Entonces se erigía un magnífico cenotafio en honor de los que habían muerto en tierra extraña.

Si esto se aplica ya á la vida ordinaria, con doble razón se aplica á las obras y á los servidores de Dios. Si le falta al mundo todo medio para medir lo que, desde el punto de vista terrenal, es grande y pequeño, ¿cómo los efectos y los instrumentos de la gracia divina podrán hallar gracia á sus ojos? ¿Cómo puede apreciar justamente lo sobrenatural? Se critica al Dante, porque no cambiaba de ropa blanca cada semana, y á Federico Rückert porque comía el pescado con el cuchillo. Refiérese todavía hoy de Menage, el Varrón de su tiempo, que se presentó á la marquesa de Rambouillet y á sus favoritos con un pañuelo de una blancura dudosa. Tales son las bagatelas que se ponen en los platillos de la balanza, allí donde se trata de juzgar á hombres que, en realidad, no ocupan el último

(1) Luc, XI, 38.—(2) Kaufmann, *Deutsche Geschichte*, I, 218, 223.

(3) *Ibid.*, I, 222 y sig., 228.

lugar en la historia de la civilización y de la literatura. De aquí que sea fácil comprender que se juzgue con mayor irreflexión todavía á los cristianos y á los santos. En ellos, la menor infracción de las reglas de urbanidad basta para que se les condene, á ellos y á su manera de vivir. No se ve por completo lo que son en realidad, y, por esta razón, se carece de los medios necesarios para encontrar la justa proporción entre su valor interior y sus debilidades externas accidentales.

Hemos hecho ya resaltar varias veces, con insistencia, que deseamos de todo corazón que, en las cosas ordinarias de la vida, cumplan también con toda la justicia los cristianos. <sup>(1)</sup> De aquí que queramos una vez más hacer resaltar expresamente que no se deben exagerar estos miramientos. El que ha consagrado su vida á fines tan serios y tan elevados, sabe fácilmente hacer algo más importante que mirar siempre si su vestido no tiene arrugas. Con razón dice Santa Teresa, esta santa que fué la admiración del mundo por su noble continente: «Tenemos empresas más elevadas que cumplir; debemos agradar á Dios. Sí; ¡si todo hubiese concluído, una vez que uno se hubiese apropiado esas exterioridades! Pero la moda cambia continuamente. Todavía no tengo cincuenta años y he visto ya muchos cambios en las fórmulas de urbanidad, en la manera de escribir las cartas y en otras cosas semejantes. Casi sería necesario fundar una cátedra para poder procurarse datos sobre las innovaciones más modernas.» <sup>(2)</sup>

Pero cuanto más aumenta esta manía, las gentes que quieren llenar con semejantes medios su fastidio y su vacío interno, conceden una importancia más considerable á semejantes futilidades, más excusable es que hombres serios y laboriosos prescindan de ellas, y más comprensible que acaben por experimentar un verdadero disgusto por esas vanidades, que, con frecuencia, no sirven más que para perder el tiempo y matar el espíritu.

(1) V. más arriba, XX, 7. Cf. Tom. II, 12, 9; 17, 11; 22, 8, VI, 20, 7.

(2) Teresa, *Vida*, cap. 37.

4. Los hombres de Dios son con frecuencia los más débiles desde el punto de vista natural.—Como ocurre con todo, también aquí los pensamientos de Dios están muy por encima de las rastreras miras humanas. <sup>(1)</sup> Muy lejos de querer imponerlos por medios que halaguen á la vanidad, ó por el asombro, procuró el Salvador, deliberadamente, y desde el principio, que nadie pudiese explicar por motivos exteriores la superioridad de su obra y los triunfos que ha logrado. «Y así, hermanos, ved vuestra vocación;—dice el Apostol—que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles. Pero las cosas locas del mundo escogió Dios, para confundir á los sabios; y las cosas flacas del mundo escogió Dios, para confundir á los fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; para que ningún hombre se jacte delante de Él.» <sup>(2)</sup>

No desdeña ni á los sabios ni á los grandes, con tal que quieran únicamente ser grandes por Él, y no quieran ser prudentes y grandes para ellos. Pero escoge con predilección los vasos de elección de su gracia entre aquellos en quienes nadie puede atribuir su actividad milagrosa á sus cualidades naturales. Y cuando se digna conceder á grandes espíritus el honor de hacer cosas extraordinarias en su servicio, coloca de ordinario sobre su carne un aguijón, á fin de que ellos y todos los que los ven, sepan que un poder más elevado y sobrenatural es el que, en la impotencia en que están de obrar por sus propias fuerzas, hace milagros. <sup>(3)</sup>

Basilio, cuyo nombre conviene admirablemente á su espíritu real, sufrió desde su juventud hasta su más avanzada edad, no sólo de una grande debilidad física, <sup>(4)</sup> sino también—lo que sería increíble, <sup>(5)</sup> si él mismo no lo hubie-

(1) Is., LV, 9.

(2) I Cor., I, 26-29.

(3) II Cor., XII, 7, 9.

(4) Basil., *Ep.*, 34; 203, 1.—(5) Id., *Ep.*, 56.

se confesado—de una falta de memoria natural. De aquí que estuviese nervioso, muy débil y muy irritable. Todo disgusto, <sup>(1)</sup> todo trabajo, <sup>(2)</sup> pesaba fuertemente sobre su salud; y apenas si hubo un solo día en que no sintiese todo el peso de esta carga.

Jerónimo, el más sabio de los Padres de la Iglesia, <sup>(3)</sup> del cual decían sus contemporáneos que lo había leído casi todo; <sup>(4)</sup> Jerónimo, aquella naturaleza vigorosa, cada una de cuyas palabras aplastaba al adversario, como la piedra lanzada por la mano de Ajax; aquel guerrero, del cual cada rasgo de su pluma cae como una cuchillada capaz de hendir una roca, se retuerce como un gusano al peso de horribles tentaciones, en castigo de las ligerezas de su juventud; tentaciones á las que no podían poner fin todas las resistencias de su voluntad de hierro, y todas sus mortificaciones, cuya lectura hace poner de punta los cabellos. <sup>(5)</sup>

Nosotros, que miramos una excusa como superior á una batalla ganada, cuando nos ahorra la lucha; nosotros, hombres débiles, siempre tenemos á punto esta excusa: «¡Ah, era muy cómodo para los santos practicar grandes acciones, pues eran personas de otro temple que nosotros!»

Pues bien, precisamente su debilidad será un día nuestra condenación. ¡Qué poco valor tendrá en nuestros labios este pretexto, si contemplamos á un Gregorio el Grande, que sostuvo en parte sobre sus hombros las ruinas del mundo antiguo, y que, en parte, las unió con sus manos para formar con ellas un nuevo edificio, en tanto que una debilidad extremada lo recluía en su lecho de dolor; <sup>(6)</sup> á un Tomás de Aquino, que no escribía una palabra ni pronunciaba una palabra sin verse atormentado por la ja-

(1) Basil., *Ep.*, 141, 2.

(2) Id., *Ep.*, 56.

(3) Augustin., *Ep.*, 190, 6, 20. *Peccat. mer. et rem.*, 3, 6, 12.

(4) Id., *C. Julian.*, 1, 7, 34.

(5) Hieron., *Ep.*, 22. Vall. (Mart. 18), c. 3.

(6) Gregor. Mag., *Ep.*, 9, 121; 10, 35. *Homil. in evang.*, 22, 1; 34, 1. Beda, *Hist. Angl.*, 2, 1 (Gregor. Opp. IV, I, 192).

queca, <sup>(1)</sup> y á un San Bernardo, <sup>(2)</sup> que tuvo que arrancar á los más dolorosos sufrimientos todo acto de su vida, tan rica en virtudes! ¡Ah, cuán diferente sería entonces nuestro juicio sobre los santos y sobre nosotros!

El recuerdo de San Pablo, esta alma de fuego, despierta en nosotros el recuerdo de un Alejandro, que conquistó el mundo con rapidez asombrosa. Pero la verdad es que gemía bajo el peso de un estado enfermizo continuo. <sup>(3)</sup> Allí donde se presentaba, se tributaban honores á sus compañeros, en tanto que él era desdeñado, por lo muy poco que imponía su aspecto, <sup>(4)</sup> por lo muy sencilla que era su palabra. ¡Qué prueba tan grande para un espíritu como él el tener que luchar con la palabra <sup>(5)</sup> contra la timidez embarazosa de un niño, como él, que temblaba de miedo <sup>(6)</sup> desde que tenía que hablar en público, y cuya timidez é indecisión eran para sus enemigos motivos de burla! <sup>(7)</sup> Preferimos pasar en silencio, porque carecemos de palabras para expresarlas, las tentaciones interiores con que Dios le probaba, <sup>(8)</sup> como si todas sus humillaciones exteriores no hubiesen sido suficientes para él.

**5. En la debilidad de la naturaleza manifiesta Dios mejor el poder de lo sobrenatural.**—Se puede admitir como regla—la cual, sin duda, como todas las reglas, tiene sus excepciones—que los más grandes héroes de la virtud han sido, para un observador atento, los más débiles de todos, y aquellos en quienes el mundo buscaría menos cosas extraordinarias. Si se les hubiese mezclado con la muchedumbre, y se hubiese llamado á los filósofos de todas las universidades para que buscasen en medio de ella

(1) Touron, *Vie de S. Thomas*, 3, 14, p. 300.

(2) Bernard., *Ep.*, 21, 1; 87, 10; 90, 2; 118; 144, 4; 186; 208, 228, 2; 241, 2; 270, 3; 288, 1; 307, 2; 210, *Homil. in Missus præf. In Cant.* 42, 11; 44, 8. Cf. Guilelm., *Vita S. Bernardi*, 1, 8, 38. Alanus, *Vita S. Bernardi*, 11, 33.

(3) Gal., IV, 13.

(4) Act. Ap., XIV, 11.

(5) II Cor., X, 1.

(6) I Cor., II, 3.

(7) II Cor., X, 10.

(8) II Cor., XII, 7.

á los instrumentos escogidos por Dios, sin duda alguna que no los hubiesen encontrado jamás. El mismo profeta Samuel se dejó deslumbrar por las apariencias externas, al buscar al rey de Israel entre los hijos de Isaí, y su elección recayó en el soberbio Eliab. Pero Dios le dijo: «No hay que fijarse ni en la belleza de su rostro ni en su porte majestuoso. Yo no juzgo á los hombres según su aspecto. El hombre fija su atención en lo que hiera á la vista; pero Dios mira el interior.» <sup>(1)</sup> Un corazón puro, un sentido recto, una obediencia fiel á su voluntad, tienen más valor á los ojos de Dios, que lo que cautiva el juicio del mundo. Sólo al que no se busca á sí mismo, sólo á quien nada posee de que puede gloriarse, prodiga el Señor con la más buena voluntad sus gracias, á fin de que la evidencia obligue á todos á atribuir exclusivamente el éxito de ellos á la gracia divina. <sup>(2)</sup> Ya hemos hablado en otra parte <sup>(3)</sup> del hecho de que, entre todos los jefes de la primera cruzada, fuese el menos brillante el que la confianza de todos los príncipes proclamase rey. Créese así arrebatar un motivo de gloria á la causa cristiana; pero, si se reflexiona en ello, se demuestra precisamente su verdadero honor. Godofredo de Bouillón podía ser inferior á muchos de sus compañeros de armas en punto á cualidades naturales y talento; pero, como instrumento de la gracia, fué sin duda alguna superior á todos. Existía en él un poder que se ocultaba al ojo físico, porque superaba á la naturaleza; un poder que hizo de él, por lo menos no sin él, ese hombre que la historia nos ofrece, ese hombre ante el cual palidecen los más grandes dones de los demás.

Lo mismo puede comprobarse en la historia de Pedro de la Gasca, aquel modesto sacerdote, á quien Carlos V, en su mayor angustia, había confiado la misión de reconquistar América, de la cual se habían apoderado los revo-

(1) Reg., XVI, 7.

(2) Cf. Thomas, 2, 2, q. 24, a. 3; 1, 2, q. 109, a. 6. Andreas a Cruce, *Disputat., theol.*, d. 315. Nazarius, *Comment. in h. l. Alvarez, De auxiliis disp.* 62, 63.

(3) V. más arriba, XI, 6.